

DOS REVOLUCIONES

Notas de borrador

Si el acontecimiento que dominó el siglo xx, por encima de cualquier otro, fue la trayectoria de la Revolución rusa, el siglo xxi estará determinado por el resultado de la Revolución china. El Estado soviético, nacido de la Primera Guerra Mundial, victorioso en la Segunda y derrotado en la réplica fría de una Tercera, se disolvió después de siete décadas sin apenas un disparo, tan rápidamente como había surgido. Lo que ha quedado es una Rusia de menor tamaño que la que conoció la Ilustración, con menos de la mitad de población de la URSS, restituida a un capitalismo ahora más dependiente de la exportación de materias primas que en los últimos días del zarismo. Aunque no se pueden excluir futuros cambios de rumbo, por el momento lo que ha sobrevivido del levantamiento de Octubre, en cualquier sentido positivo, parece pequeño. Su logro más duradero, suficientemente grande, fue negativo: la derrota del nazismo que ningún otro régimen europeo podía haber provocado. Eso, en cualquier caso, sería un juicio corriente hoy día.

El resultado de la Revolución china ofrece un llamativo contraste. Cuando entra en su séptima década, la República Popular es una locomotora de la economía mundial: simultáneamente el mayor exportador hacia la UE, Japón y Estados Unidos; el mayor poseedor de reservas de divisas del mundo; un país que durante un cuarto de siglo ha alcanzado los índices de crecimiento más rápidos de la renta per cápita contando con la población más numerosa. Sus grandes ciudades no tienen rival en cuanto a su ambición comercial y arquitectónica, sus productos se venden en todas partes. Sus constructores, ojeadores y diplomáticos recorren el planeta a la búsqueda de nuevas oportunidades e influencia. Cortejada igualmente por amigos y antiguos enemigos, por primera vez en su historia el Reino Medio se ha convertido en una verdadera potencia mundial cuya presencia alcanza todos los continentes. Con la caída de la URSS, no hubo ninguna fórmula más canonizada que «el colapso del comunismo» para describir el giro de los acontecimientos que ésta significaba. Veinte años después, parece tener un toque eurocéntrico. Desde determinada perspectiva, el comunismo no solamente ha sobrevivido, sino que se ha convertido en la historia triunfante de la era. Desde luego, en el carácter y escala de ese logro hay más de una –amarga– ironía. Pero pocas dudas puede haber sobre la diferente suerte de las revoluciones en China y Rusia.

¿Dónde se encuentra la explicación de este contraste? A pesar de la enorme importancia histórica mundial de la cuestión, no se ha debatido demasiado. Desde luego, no se trata solamente de una comparación entre dos levantamientos similares pero distintos, por lo demás no relacionados en sus diferentes escenarios, como en el una vez familiar emparejamiento de 1789 y 1917. La Revolución china creció directamente de la Revolución rusa y permaneció conectada a ella, como inspiración o admonición, hasta su común momento de la verdad a finales de los ochenta. Las dos experiencias no fueron independientes la una de la otra, sino que formaron una secuencia conscientemente ordinal¹. Ese lazo entra dentro de cualquier consideración sobre sus diferentes resultados. A su vez, explicarlos implica reflexionar sobre determinado número de ámbitos. Aquí diferenciaremos cuatro de ellos. En primer lugar, ¿hasta qué punto diferían las agendas políticas subjetivas de las dos revoluciones, es decir, de los respectivos partidos y de las estrategias que perseguían? En segundo lugar, ¿cuáles eran los puntos de partida objetivos –socioeconómicos y otras circunstancias– desde los que cada partido gobernante estableció el curso de la reforma? En tercer lugar, ¿cuáles fueron las consecuencias efectivas de las políticas que adoptaron? Y, por último, ¿qué legados, en la *longue durée* de la historia de las dos sociedades, pueden considerarse como determinantes subyacentes del resultado final tanto de las revoluciones como de las reformas? Ya que la RPCh ha sobrevivido a la URSS y su futuro representa quizá el acertijo central de la política mundial, el criterio organizador de lo que sigue a continuación será China vista en el espejo ruso; no será éste el único criterio relevante, como quedará claro, sino una condición ineludible de las demás.

I. MATRICES

La Revolución de Octubre fue una rápida insurrección urbana que, en cuestión de días, se apoderó del poder en las principales ciudades de Rusia. La velocidad con que llevó a cabo el derrocamiento del Gobierno Provisional se correspondió con la cristalización del partido que lo había consumado. Los bolcheviques, cuyo número en enero de 1917 no pasaba de los 24.000, en la víspera de la abdicación de Nicolás II, se habían multiplicado hasta los 200.000 cuando nueve meses más tarde derribaron el gobierno de Kerensky. Su base social estaba en la joven clase obrera rusa, que comprendía menos del 3 por 100 de la población. No tenían ninguna presencia en el campo, donde vivía más del 80 por 100 de la población, y nunca habían pensado en organizarse entre el campesinado más de lo que lo habían hecho los social revolucionarios, aunque ellos

¹ El notable texto de Isaac Deutscher «Maoism – its Origins and Outlook», 1964, sigue siendo el punto de partida de cualquier consideración sobre la relación entre las revoluciones: *Ironies of History*, Oxford, Oxford University Press, 1966, pp. 88-120 [ed. cast.: *Ironías de la historia*, Barcelona, Península, 21975].

gozaban de una abrumadora base rural después de 1917. Una victoria tan rápida, desde una todavía estrecha cornisa de apoyo, fue posible por la ruptura en pedazos del Estado zarista debido a los mazazos alemanes en la Primera Guerra Mundial: la derrota militar hizo estallar motines que disolvieron su aparato represivo, y la Revolución de Febrero apenas dejó un tembloroso cobertizo para una autoridad sucesora.

Pero si en este vacío el poder se tomó fácilmente, se demostró difícil de mantener. Grandes extensiones del territorio cayeron bajo la ocupación alemana. Una vez que Alemania fue derrotada en 1918, se enviaron diez fuerzas expedicionarias diferentes –estadounidense, británica, canadiense, serbia, finlandesa, rumana, turca, griega, francesa y japonesa– para ayudar a los ejércitos blancos a aplastar al nuevo régimen, en una enconada Guerra Civil que duró hasta 1920. A su final, completando la destrucción que había traído la guerra mundial, Rusia estaba en ruinas: hambre en los pueblos, fábricas abandonadas en las ciudades y la clase obrera pulverizada por la lucha y la desindustrialización del país. El partido de Lenin, que había visto cómo su base social se desintegraba o era absorbida por las estructuras del nuevo Estado, heredó un aparato de poder aislado, que pendía sobre un paisaje devastado: su gobierno quedó asociado a las miserias de la guerra interior en vez de a los regalos de la paz y la entrega de la tierra después de Octubre.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que el Partido hizo nacer con un esfuerzo supremo, abarcaba la mayor parte del antiguo Imperio ruso. Pero el primer Estado moderno de la historia en rechazar cualquier definición territorial no formuló ningún llamamiento al orgullo patriótico o a la construcción nacional. Su llamamiento fue internacional: a la solidaridad del movimiento obrero de todo el mundo. Después de tomar el poder en un país atrasado, cuya economía era abrumadoramente agraria y la población mayoritariamente analfabeta, los bolcheviques contaban con revoluciones en los países industriales más desarrollados de Europa para rescatarlos del apuro de un compromiso radical con el socialismo, en una sociedad sin las condiciones previas de cualquier capitalismo coherente. Una apuesta que los atribulados dirigentes perdieron pronto y que, desde el principio, no significó nada para la masa de gobernados. El partido soviético tendría que apañárselas solo, intentando moverse tan rápido como pudiera hacia otra forma de sociedad, sin demasiado apoyo en casa o cualquier ayuda del exterior.

1

La Revolución china, aunque inspirada por la rusa, prácticamente invirtió todos sus términos. El PCCh, creado en 1921, todavía tenía menos de mil miembros cuatro años después, cuando empezó a convertirse por primera vez en una fuerza significativa, nacida de la explosión de militancia de la clase obrera en las ciudades costeras con el movimiento del 30 de

mayo de 1925 y ayudada por el papel fundamental de los consejeros y suministros soviéticos en el recién nacido régimen del Kuomintang (KMT) dirigido en Cantón por Sun Yat-sen. Entre ese momento fundacional y la conquista comunista del poder en toda China se extienden luchas que se prolongaron durante un cuarto de siglo. Sus hitos son bien conocidos: la expedición de 1926 que unió a comunistas y nacionalistas en contra de los regímenes de los caudillos; la masacre de comunistas por Chiang Kai-shek en Shanghai en 1927: el subsiguiente terror blanco; el establecimiento del sóviet de Jiangxi en 1931 y las cinco campañas de aniquilación lanzadas contra él por el KMT; la Larga Marcha del Ejército Rojo a Yunan en 1934-1935 y la creación de las Regiones Fronterizas gobernadas por el PCCh en el noroeste; el Frente Unido, de nuevo con el KMT, contra la invasión japonesa de 1937-1945, y la guerra civil final de 1946-1949, en la que el EPL se apoderó de todo el país.

No sólo la temporalidad completamente diferente de estas experiencias la separó del vuelco acaecido en Rusia. La manera en la que se ganó el poder fue totalmente diferente. Si se define el Estado, en la famosa fórmula de Weber, por el ejercicio del monopolio de la violencia legítima sobre un territorio dado, una revolución siempre supone la ruptura de ese monopolio y la aparición de lo que Lenin y Trotsky llamaron un poder dual. Lógicamente, hay tres maneras en las que ese poder puede surgir, que se corresponden con los tres términos de la fórmula de Weber. Una revolución puede romper el monopolio del poder del Estado destruyendo la legitimidad de su mandato, de modo que no pueda ejercerse la coerción para reprimir el movimiento en su contra. Un ejemplo sería la Revolución iraní, en la que no hubo lucha y el ejército real permaneció paralizado mientras caía la monarquía. Alternativamente, una revolución puede lanzar la violencia insurgente contra el aparato coercitivo del Estado, arrojándolo con un rápido golpe fulminante, sin haberse procurado una legitimidad general. Éste fue el caso del modelo ruso, posible sólo contra un oponente débil.

Por último, una revolución puede romper el monopolio estatal del poder, no privándolo desde el principio de legitimidad, ni deshaciendo rápidamente su capacidad de ejercer la violencia, sino restándole suficiente territorio para levantar un contra-Estado, capaz de erosionar en el tiempo tanto su posesión de la fuerza como su consentimiento. Éste fue el modelo chino. No fue exclusivo, constituyendo el camino general de las guerrillas –también yugoslavas o cubanas– al poder. Lo excepcional en el caso chino no fue la creación de los sucesivos «Estados rebeldes» dentro del Estado, sino su longevidad combinada. Las condiciones de esta duración es lo que requiere una explicación.

A principios del siglo xx, la monarquía de los Romanov, al margen de su propia debilidad, era incomparablemente más fuerte que la Qing: una institución nativa que podía recurrir no sólo a las bolsas de la industria avanzada y a abundantes recursos naturales, sino a un gran ejército y a pro-

fundas reservas de lealtad patriótica, nacida de la victoria sobre Napoleón. En el Lejano Oriente, era la más destacada entre las potencias europeas en invadir el Imperio chino. Solamente una derrota monumental en el campo de batalla, primero frente a Japón y después frente a Alemania, desencadenó en su contra las revoluciones de 1905 y 1917. Por el contrario, la monarquía Qing, a mediados del siglo XIX era ampliamente odiada como dinastía foránea y pronto también como una corrupta dependencia de Occidente. Después de la Rebelión Taiping, nunca recuperó el control central de la fuerza en todo el país. El Estado imperial había quedado tan debilitado que cayó en 1911 sin siquiera un movimiento concertado en su contra. Ningún régimen sucesor cumplió los patrones de Weber. La República se disolvió, primero en un mosaico de feudos de caudillos rivales, después en el régimen híbrido con base en Nanjing, que contaba con el KMT dominando el centro del país alrededor del delta del Yangtsé, y un surtido de militaristas regionales en el resto: Chiang Kai-shek nunca tuvo bajo su control más de la mitad de las dieciocho provincias tradicionales de China, a menudo menos.

Fue en este laberinto de centros de poder en competencia donde pudo anclarse a sí mismo el PCCh, en grietas entre jurisdicciones, y construir un contrapoder móvil. Pero aunque nunca se enfrentó a la maquinaria de un Estado unificado, como habían hecho los bolcheviques, su adversario era paradójicamente más temible y los riesgos de derrota, mayores. Aunque limitado a sus baluartes estratégicos, el KMT no era un régimen absolutista al final de su periodo de vida, tampoco un espectral gobierno interino. Nacionalismo y comunismo eran como antagonistas contemporáneos, formados en el mismo molde organizativo: eran rivales modernos, cada uno con su idiosincrasia, que competían por el dominio del país. Sin embargo, el KMT controlaba ejércitos mucho más numerosos, equipados con armamento pesado y entrenados en sucesivas misiones –Von Seeckt, Von Falkenhausen– por la flor y nata de la Wehrmacht, y disponía de los ingresos fiscales de las regiones más ricas de China. A pesar de todo el heroísmo de la Larga Marcha, sin duda hubiera barrido al PCCh a finales de los años treinta si Japón no hubiera lanzado un ataque total sobre el régimen de Nanjing en 1937.

En esta situación de emergencia, Chiang, privado de su presa pero todavía obsesionado con el comunismo como el mayor peligro, se mostró incapaz de enfrentarse de cualquier manera al enemigo exterior. Colaborador durante mucho tiempo de los militares japoneses –con quienes planeó la masacre de Shanghai en 1927, para volar a Tokio poco después para sellar un pacto con su alto mando– y habiendo consentido en su apropiación de Manchuria, se retiró al interior, esperando, después de Pearl Harbour, la victoria estadounidense en la guerra para volverse hacia el PCCh con sus principales fuerzas intactas. La campaña final japonesa en China, la Ofensiva de Ichigo en 1944, terminó con cualquier posibilidad de llevar a cabo con facilidad este proyecto, aplastando irremediadamente a las mejores divisiones del KMT. No menos perjudicial fue el descrédito en

que incurrió la dictadura de Chiang al negarse a comprometerse por completo en la defensa de la nación.

Fuera del alcance del KMT o de la penetración japonesa, desde su base en la remota región fronteriza de Yan'an, el PCCh libraba una guerra de guerrillas cada vez más eficaz contra los invasores en el norte de China. El crecimiento de su poder provino de su habilidad para combinar la reforma en los pueblos –reducción de alquileres, cancelación de deuda, limitada redistribución de la tierra– con la resistencia al extranjero. La unión de ambas le proporcionó un profundo enraizamiento social, que el Partido ruso nunca adquirió, en una creciente base de masas entre el campesinado, la clase que componía la gran mayoría de la población. En los ocho años transcurridos de 1937 a 1945, el Partido chino creció de 40.000 a 1.200.000 miembros y su ejército, de 90.000 a 900.000. Una vez que Japón se rindió, su implantación se extendió muy rápidamente por la planicie del norte de China: en el momento en que estalló la guerra civil en 1947, sus filas se habían vuelto a doblar hasta los 2.700.000 efectivos. Mientras tanto, en las zonas del centro y del sur controladas por el KMT, la corrupción y la inflación desenfrenadas destruyeron el apoyo urbano del régimen de Chiang, cuyo desmoralizado ejército, aunque bien armado y equipado por Estados Unidos, se mostró incapaz de competir con el ELP. En cantidades cada vez mayores, sus comandantes se fueron rindiendo o cambiando de bando cuando el ELP avanzó hacia el sur: Pekín, Shanghai, Nanjing, Guangzhou, una tras otra, las grandes ciudades de China cayeron sin que apenas se disparara un tiro.

En Rusia, la guerra civil llegó después de la revolución, como si fuera un castigo por ella, sumergiendo al país en una situación mucho peor de lo que había sido antes de que los bolcheviques llegaran al poder. En China, la revolución siguió a la guerra civil, y sus efectos inmediatos llegaron como una redención de ella. Durante más de un siglo, China no había conocido un Estado central capaz de resistir las agresiones del exterior o de asegurar el orden en todo el país. El comunismo trajo ambas cosas: la independencia nacional y la paz interna. Con la derrota del Kuomintang, los funcionarios estadounidenses, las cañoneras británicas y las reliquias japonesas hicieron las maletas. La victoria del ELP, lejos de dejar la economía y la sociedad saqueadas, trajo la recuperación y la estabilidad. La inflación fue dominada; la corrupción, desterrada; los suministros, reanudados. En el campo, el latifundio fue abolido. En las ciudades, no fue necesario realizar una expropiación contundente, pues más de los dos tercios de la industria ya eran de propiedad estatal con el KMT, y el capital *comprador* había huido a Hong Kong o Taiwán. La clase media estaba tan desorientada por los últimos años de gobierno nacionalista que gran parte de ella recibió la llegada del comunismo con más alivio que resistencia; al reactivarse la producción, los trabajadores regresaron a sus empleos normales y recibieron de nuevo sus salarios. La República Popular, encarnando los ideales patrióticos y la disciplina social, vino a la vida disfrutando de un grado de apoyo popular que la Unión Soviética nunca conoció.

Estas matrices diferentes dejaron su huella en el transcurso de cada régimen, en los que las proporciones de fuerza y consentimiento siempre fueron distintas. Bajo Stalin, el comunismo soviético obtuvo en dos ocasiones un apoyo popular activo después de la guerra civil: entre la nueva generación de trabajadores, de orígenes rurales, movilizados en las campañas de industrialización a destajo de los primeros planes quinquenales, en una atmósfera de *Sturm und Drang*, de entusiasmo colectivo, real aunque nunca universal; y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el régimen pudo servirse de un patriotismo ruso mucho más amplio en una lucha a muerte de toda la población contra la conquista nazi. Ninguna de las dos alteró la falta de confianza hacia los dirigentes de las masas sometidas a ellos. El sistema soviético utilizó los episodios de adhesión popular cuando surgieron, pero descansaba sobre la represión. En la era de la dictadura de Stalin, la policía secreta se convirtió en una institución más centralizada y poderosa que el propio Partido. La violencia, desatada compulsivamente contra enemigos reales o imaginarios, sobre todo dentro de las propias filas del régimen, era omnipresente.

Sobre un telón de fondo de continua tensión, sus dos grandes paroxismos fueron la colectivización de finales de la década de los años veinte y las purgas de la siguiente. Con la primera, el régimen desencadenó una guerra total contra el campesinado, en la que las deportaciones de masas y el hambre costaron quizá 6 millones de vidas, reduciéndolo a una fuerza sombría y rota de la que la agricultura rusa nunca se ha recuperado. Con las segundas, se eliminó no solamente a toda la vieja guardia bolchevique que había hecho la Revolución de Octubre, sino prácticamente a toda la siguiente leva de cuadros en posiciones dirigentes en el Partido y el Estado, y a un gran número de nuevas víctimas, por lo menos 700.000 en total. Los campos de trabajo, a los que eran despachados los que no eran ejecutados directamente en estas salvajadas, llegaron a custodiar a otros 2 millones en esos años, representando un sector significativo de la economía². Después de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, en la que la URSS sufrió un inmenso peaje de destrucción, el terror se mitigó. Pero, a pesar de toda la consagración que Stalin había ganado en el campo de batalla, el miedo permaneció siendo hasta el final el principal resorte de su poder.

3

El Partido Comunista Chino heredó el modelo soviético tal como se modeló bajo Stalin, desarrollando la misma disciplina monolítica, la misma

² Para el cálculo de estas víctimas, véanse R. W. Davies, «Forced Labour under Stalin. The Archive Revelations», *NLR* 1/224 (1995), pp. 62-80; J. Arch Getty y Oleg Naumov, *The Road to Terror*; New Haven, Yale University Press, 1999, pp. 587-594.

estructura autoritaria y los mismos hábitos de mando. Organizativa e ideológicamente, el Estado que creó a principios de los años cincuenta se asemejaba bastante al soviético. Más aún: a su debido tiempo, el gobierno comunista provocó dos convulsiones paralelas en China. Gracias a sus raíces en el campo, donde el campesinado en su mayor parte mantenía la confianza en su liderazgo, el PCCh fue capaz de realizar una rápida y completa colectivización pocos años después de la distribución de tierras original, sin caer en el desastre que había sucedido en Rusia. Pero en 1958, determinado a acelerar el ritmo de desarrollo, lanzó el Gran Salto Adelante, creando las comunas populares que se suponía iban a producir industrias en sus patios traseros y a suministrar cuotas mucho más elevadas de cereales. Con el trabajo desviado hacia acerías caseras y la caída de las cosechas debido al mal tiempo, el resultado fue la peor hambruna del siglo, en la que por lo menos 15 millones de personas, y quizá 30, murieron. Ocho años más tarde, la Revolución Cultural pasó la guadaña sobre el propio Partido, diezmando sus filas en una serie de purgas que, como en Rusia, se extendieron fuera de él. De acuerdo con todas las apariencias, como en manos de una dinámica común inalterable, el PCCh había reproducido los dos peores cataclismos de la URSS.

Pero aunque extraño por lo que parecen indicar las similitudes, la diferente matriz de la Revolución china se había mantenido. Si la escala de muerte en el campo, en relación a la población total de cada sociedad, era probablemente comparable, sus mecanismos fueron distintos, como lo fueron sus consecuencias. La colectivización soviética se concibió como una operación para destruir a los campesinos «ricos» como estrato —por regla general, aquellos con algún ganado— y puesta en práctica recurriendo a la violencia militar. Más de dos millones de *kulaks* fueron deportados a las tierras baldías bajo los fusiles del OGPU. La hambruna de 1932-1933 que siguió, aunque en parte fue causada por el mal tiempo, fue básicamente un efecto de las ruinas de la sociedad rural que dejó detrás esta segunda guerra civil. Por el contrario, a pesar de lo tremendamente voluntarista que era el Gran Salto Adelante, nunca se concibió como un ataque al campesinado o a cualquier parte de él. No hubo deportaciones o tropas del Ministerio del Interior rodeando a los recalcitrantes. La ceguera burocrática (naturalmente autoinfligida) provocada por una falta de informes auténticos desde abajo sobre el grano realmente cosechado, en vez de la ferocidad policial, fue la causa inmediata del desastre. Por la misma razón, no produjo un distanciamiento comparable del campesinado. El campo no se desmoralizó mucho tiempo con el Gran Salto Adelante; incluso en las regiones más afectadas, la vida de los pueblos se recuperó a una velocidad sorprendente.

Los contrastes de motivación y de resultado fueron más marcados aún con la Revolución Cultural. En la segunda mitad de la década de los treinta, Stalin sembró el terror de arriba abajo en el Partido y en el Estado soviético, apuntando a la mayoría de los mismos funcionarios que le habían dado el poder supremo en el PCUS, fusilados descontroladamente durante la *yezhovshchina* [gran purga] como espías, traidores o contrarrevolu-

cionarios. Aunque las razones plenas de esta demencia permanecen inciertas, está claro que Stalin, cuya legitimidad como dictador nunca había sido firme por completo –no había desempeñado ningún papel significativo en la Revolución de Octubre y Lenin había advertido expresamente al Partido contra él–, era presa de una morbosa sospecha contra todos los que lo rodeaban, y actuaba con el convencimiento de que la única manera de ocuparse de los potenciales escépticos o de los oponentes era matarlos.

Al lanzar la Revolución Cultural, Mao también apuntaba a sus colegas inmediatos, en parte porque se había visto obligado a reconocer el fracaso del Gran Salto Adelante y a aceptar la inversión de la política agraria que ellos habían impuesto cuando ya no se podía seguir negando ese fracaso. Pero su motivo más amplio era prevenir cualquier reproducción en China de la congelada casta burocrática que después de Stalin, tal como él la veía, estaba dirigiendo a la URSS hacia una sociedad de clase indistinguible del capitalismo. Para bloquear este desarrollo, no se dirigió a los órganos de seguridad, que en China nunca adquirieron la importancia que tuvieron en Rusia, sino a la juventud estudiantil. Al desatar contra aquellos que temía que fueran a tomar el camino soviético una turbulencia de masas desde abajo, en vez de decapitarlos desde arriba, Mao sumergió el país en una década de caos controlado.

Las crueldades que se produjeron a continuación fueron innumerables. La violencia descoordinada –persecuciones y disensiones, humillaciones, palizas, asesinatos, guerra de facciones– se extendieron de ciudad en ciudad; en las provincias, se organizaron ejecuciones. El número de víctimas, todavía por computar adecuadamente, superó en mucho el millón de personas³. Sin embargo, las ejecuciones, proporcionalmente muy inferiores a la vorágine soviética, fueron impuestas no por una instrucción central sino por una vengativa iniciativa local, al caer las autoridades y producirse ajustes de cuentas en el campo. No hubo un Yezhov o un Beria a su cargo. A diferencia del Gran Terror, la Revolución Cultural no fue sólo una represión gigantesca. Fue un intento radical de sacudir las estructuras burocráticas movilizándolo contra ellas a una generación más joven y fue vivida como una liberación mental –aunque sólo sea por el colapso temporal de gran parte de la autoridad institucional– por muchos que más tarde quedarían desilusionados por su resultado o incluso pasarían a ser apasionados oponentes del comunismo. Su objetivo autoproclamado era una transformación igualitaria de perspectivas que no aceptara más las «tres grandes diferencias»: entre ciudad y campo, entre agricultura e industria, y –por encima de todo– entre trabajo intelectual y manual.

Semejantes ideales eran utópicos para cualquier sociedad de su tiempo, mucho más para una todavía tan retrasada como China, pero no eran

³ Andrew Walder y Yang Su, «The Cultural Revolution in the Countryside. Scope, Timing and Human Impact», *China Quarterly* 173 (2003), pp. 82-107.

pura apariencia. La suspensión de universidades y colegios para enviar a 17 millones de jóvenes de las ciudades a desarrollar labores agrícolas en el campo junto a los campesinos fue un proceso más distintivo y de mayor duración que las persecuciones del periodo. Realizado sin violencia, a menudo con entusiasmo, respondía a otros objetivos. Éstos, a su vez, dejaron su marca sobre la manera en que la Revolución Cultural representó sucesivas purgas del propio Partido. No hubo una carnicería generalizada. La humillación, la degradación y la ruralización fueron el destino normal de la mayoría de los señalados, más que la liquidación. Los rituales de la reforma del pensamiento, «curar la enfermedad en vez de matar al paciente» en la frase de Yan'an, fueron en la teoría y en la práctica –suficientemente brutal– el método habitual de tratar a los sospechosos de seguir el camino capitalista. Cuando la Revolución Cultural llegó a su final, solamente alrededor del 1 por 100 de los militantes habían sido expulsados permanentemente del Partido y –con la excepción de Liu Shaoqi– prácticamente todos los altos dirigentes contra los que se había revuelto Mao en 1966-1969 habían sobrevivido. A diferencia de Stalin, Mao había conducido la Revolución china a la victoria y no hubo masacre alguna de la vieja guardia que había luchado con él.

VARIABLES CULTURALES Y POLÍTICAS se entrecruzaron en el diferenciado *dé-nouement*. Mao se había convertido en un moderno emperador, ejerciendo un poder personal absoluto. Pero la tradición imperial de China siempre había puesto más énfasis sobre el adoctrinamiento que sobre la coerción como instrumento de gobierno, por más despiadado que fuera el ejercicio de la violencia cuando surgía de la necesidad o del capricho. La idea de la Revolución Cultural –cambiar las mentes para cambiar las cosas, como si las concepciones intelectuales determinaran las relaciones sociales– debía más a las ideas de Confucio que a cualquier idea marxista sobre el cambio histórico. Sin embargo, éste todavía era un régimen nacido de una revolución social en la que el poder –contradiciendo la máxima de Mao de la época– había crecido no sólo del cañón de un fusil sino también de la confianza moral de millones en el Partido que lo sostenía. Si la Revolución Cultural estuvo cerca de destruir esa herencia política, a pesar de todo fue extrañamente modelada y, en último término, también constreñida por ella.

II. MUTACIONES

Separadas en su origen por treinta años, las dos revoluciones acabaron en proyectos de reforma suficientemente cercanos en el tiempo como para solaparse. El telón de fondo de cada uno de ellos fue el fracaso de un intento de reconstrucción anterior. En la URSS, una vez que Stalin murió, la reacción contra su tiranía fue rápida. Con Khrushchev, la maquinaria del terror fue desmantelada; la censura, suavizada; a las granjas colectivas se les concedió mayor autonomía; la inversión en consumo aumentó y se proclamó la coexistencia pacífica con el capitalismo. La desestalinización

continuó durante unos cinco años, desde el XX al XXI Congreso del PCUS, con considerable ímpetu. A partir de entonces, los erráticos zigzags de Khrushchev en política exterior e interior –apostando primero y echándose atrás después en el Caribe, reestructurando el partido sin sentido, improvisando planes para la reanimación de la agricultura– lo enfrentaron con sus colegas y llevaron a su destitución sumaria. No había contemplado realizar ningún cambio básico en el sistema económico heredado de Stalin, de planificación altamente centralizada y de prioridad a la industria pesada, que había asegurado el triunfo soviético en 1945 y sobre el que se había basado su propia carrera. Legitimando todo lo que el Gosplan había alcanzado, el prestigio de la victoria sobre la potencia europea más industrializada paralizó la flexibilidad del sistema socioeconómico responsable de la transformación de la URSS en una gran potencia justamente cuando era más necesario, al comienzo de una nueva era⁴.

Cuando Khrushchev fue obligado a dimitir, el crecimiento todavía era respetable y el poder militar de la URSS estaba expandiéndose. El precio de su fracaso fue el «periodo de estancamiento», como se llamaría al largo periodo posterior, desde mediados de la década de los sesenta hasta mediados de los ochenta. La burocracia soviética, liberada de sus agitadas iniciativas y a salvo de los arrestos arbitrarios, se asentó en una complaciente inercia, contentándose con un creciente arsenal de armas e ignorando continuamente el declive del rendimiento de su rutinaria inversión industrial. La URSS alcanzó la paridad nuclear con Estados Unidos y se le otorgó el rango de superpotencia. Pero veinte años de brezhnevismo dejaron el Partido convertido en un petrificado bosque de titulares de cargos, presidiendo una sociedad en la que la esperanza de vida estaba cayendo, el crecimiento económico prácticamente se había detenido, y el cinismo era universal. Éste fue el escenario al que salió Gorbachov en 1985.

La confusión en China cuando Deng Xiaoping llegó al poder era más espectacular. La sociedad estaba todavía traumatizada por el levantamiento de la Revolución Cultural. La educación superior se había interrumpido de hecho durante una década. El vandalismo había destruido monumentos, el dogmatismo sofocaba la vida intelectual. Multitud de jóvenes permanecían encerrados en el exilio rural. El descontento urbano estaba bullendo y la capital del país era escenario de una reciente y masiva revuelta popular, en la que el edificio de la Agencia de Seguridad Pública, en la esquina de la plaza de Tiananmen, fue saqueado e incendiado por unas multitudes enfurecidas: una agitación impensable en Moscú. Mao había querido evitar la clase de comunismo al que habían conducido las políticas de Khrushchev, tal como él las veía, y, respecto a tal objetivo, había triunfado. Ahora no podía producirse ninguna lenta involución de una

⁴ Negativamente, la colectivización y las purgas no tuvieron un efecto diferente sobre el sistema político: fueron catástrofes cuyo éxito condenaba la renovación, mientras que los fracasos del Gran Salto Adelante y de la Revolución Cultural la alentaban.

burocracia conservadora, que paralizase la economía y la sociedad de acuerdo con un modelo degenerativo, como el que había atenazado a la URSS bajo Brezhnev. Su propósito negativo se había alcanzado, pero su alternativa positiva había fracasado no menos completamente. En el momento en que murió, sus políticas habían acabado en otra clase de punto muerto histórico.

1

Cuando los dos Estados cruzaron el umbral de la reforma, todo parecía indicar que la URSS disfrutaba de condiciones mucho mejores, materiales y culturales, para el éxito. Su PIB era de cuatro a cinco veces más elevado que el de China. Su base industrial era mucho mayor, empleando el doble de mano de obra relativa. Era más rica en casi todos los recursos naturales: combustibles fósiles, valiosos minerales, abundancia de tierra. Estaba mucho más urbanizada. Su población estaba mejor alimentada, con una ingesta media de calorías superior en la mitad a la de China. Su infraestructura estaba considerablemente más desarrollada. Por último, aunque no menos importante, su nivel educativo era incomparablemente mayor: no sólo estaba totalmente alfabetizada, sino que matriculaba veinte veces el número relativo de estudiantes inscritos en la educación superior y estaba en posesión de una gran reserva de científicos bien formados.

Sin embargo, el «periodo de estancamiento» había neutralizado progresivamente –y en algunos aspectos críticos, degradado– estos legados. Durante veinte años, ningún cambio político alteró la muerta superficie de la vida soviética. La planificación central fue llevada a un extremo cómico –especificando los precios de unos 60.000 productos–, sofocó la innovación y acumuló todo tipo de irracionalidad. La productividad del trabajo se estancó; la relación capital-producto empeoró; las plantas obsoletas quedaron sin desguazar, y se perdió el tren de la nueva tecnología de la información. Pero mientras el rendimiento de la economía declinaba, la presión de la carrera de armamentos aumentaba. Los dirigentes soviéticos, atrapados en la rivalidad estratégica con Estados Unidos, una sociedad más rica y más avanzada, desviaron una agobiante proporción del PIB hacia los gastos militares, con poca o ninguna derivación hacia el resto de la economía y sin poder finalmente mantener el ritmo con el armamento estadounidense. Sus protectorados en Europa del Este y Afganistán, que requerían subvenciones y fuerzas expedicionarias, representaban una carga añadida. Para la URSS, la Guerra Fría no sólo fue un punto muerto diplomático, también congeló las fuentes del crecimiento.

Pero cuando llegó la hora de la reforma, pospuesta durante mucho tiempo, el mayor déficit en este estancado sistema no era económico sino político. El partido gobernante estaba a cuatro generaciones de la Revolución. Hacía mucho tiempo que había desaparecido el espíritu rebelde del bolchevismo. El áspero dinamismo de la *sturmoushchina* es-

talnista, en la industria y en la guerra, era cosa del pasado. Incluso el recuerdo del escandaloso espectáculo de Khrushchev de combinar algo de los dos –bastante breve– se había desvanecido. La aletargada mayoría del PCUS, la *nomenklatura* soviética propiamente dicha, estaba compuesta en su mayor parte por mediocres funcionarios administrativos, incapaces de imaginación o iniciativa. Pero la aparición de Gorbachov como dirigente sugiere que no estaba completamente catatónica. Una vez instalado como secretario general, primero actuó con rapidez para desalojar al estrato superior de reliquias del periodo de Brezhnev, consolidando su poder en el Partido con una mayoría en el Politburó nombrada a dedo. Entonces proclamó su consigna: *glasnost* y *perestroika*, la necesidad de una mayor apertura de la vida pública y de una remodelación de las instituciones del país.

La primera de ellas, que produjo una amplia relajación de la censura, fue recibida con una gran oleada de entusiasmo por la sociedad al liberar energías reprimidas durante mucho tiempo en todo tipo de discusión, exposición y debate iconoclasta. La segunda dejó a los oyentes más perplejos. ¿Qué significaba realmente en la práctica la *perestroika*, un término utilizado fugazmente en una ocasión por Lenin? Pronto quedó claro que Gorbachov, valiente en sus decisiones, era impreciso en sus ideas. Aunque moralmente alejado del brezhnevizado PCUS en el que había ascendido, tenía pocos recursos intelectuales no ligados a éste y solamente la más nebulosa idea sobre las reformas que quería hacer realidad. La mayoría de los nombrados por él en la cúpula del Partido tenían todavía menos idea y pronto muchos empezaron a oponerle resistencia. Por ello, para sortear su oposición, se volvió cada vez más hacia un electorado alternativo que proporcionara legitimidad y dirección.

La intelectualidad rusa estaba distanciada del régimen desde hacía mucho tiempo. La brillante cultura de vanguardia de los que no partieron al exilio después de la Revolución, fue sepultada por Stalin. Después de su muerte, las esperanzas que habían surgido con el deshielo quedaron defraudadas, incluso antes de la caída de Khrushchev, por la crudeza y filisteísmo del régimen que le sucedió. A mediados de los años ochenta, el comunismo, en cualquier forma o figura, era un anatema para prácticamente todas las corrientes de este histórico e influyente estrato de la sociedad rusa. Los eslavófilos y occidentalistas, sus dos polos tradicionales, estaban unidos en su rechazo del orden soviético. Sin embargo, los primeros, a pesar de toda la fama de Solzhenitsyn, eran residuales; los segundos, hegemónicos. Liberales, convencidos de la superioridad de Occidente y aspirando a formar parte de él, pronto estuvieron marcando el camino en el séquito de Gorbachov, proporcionando ideas y objetivos más decididos de los que había desarrollado él mismo. Para ellos, la reforma real sólo podía significar dos cosas interrelacionadas: la introducción de la democracia, con unas elecciones en las que hubiera libertad competitiva, y el establecimiento de una economía de mercado, basada en la propiedad privada de los medios de producción.

Como secretario general del PCUS, Gorbachov no estaba en condiciones de apoyar el segundo de estos objetivos, aun cuando quisiera hacerlo, que no era el caso. Pero abrazó el primero siempre y cuando las reglas le permitieran ganar el refrendo de su propio poder mediante una consulta popular, ayudándole a librarse de la dependencia de un Partido del que cada vez desconfiaba más y que cada vez desconfiaba más de él. La reforma política, la creación por primera vez en la historia rusa de una democracia representativa, se convirtió en la prioridad. La reforma económica, que originalmente había sido el significado principal de la *perestroika*, quedó postergada. Éste era el orden de batalla señalado por la intelectualidad liberal, que necesitaba romper el monopolio comunista del poder antes de atacar los fundamentos de una economía planificada. Sin embargo, para Gorbachov este orden tenía otro atractivo. Desmantelar la censura o permitir elecciones libres era relativamente fácil de hacer, esencialmente una cuestión de levantar restricciones. Reorganizar la economía sería mucho más difícil, en comparación, una tarea enorme. Optó por la ruta menos penosa.

Si había que introducir en casa una democracia al estilo occidental, ¿cuál era el objeto de la confrontación con ella en el exterior? Reducir paulatinamente la Guerra Fría podía cosechar no sólo el aplauso de una intelectualidad que, ahora bien afianzada en los medios, se había convertido en la creadora de opinión dominante en la sociedad, sino también beneficios económicos reales al reducir la carga del gasto militar. No solamente eso: el prestigio de un dirigente tratando en los términos más amistosos con sus homólogos occidentales, por encima de todos con el presidente de Estados Unidos, y trayendo la paz y la buena voluntad a las naciones del mundo, no podía hacer otra cosa que mejorar su imagen interior. A partir de 1987, Gorbachov se dedicó cada vez más a los viajes y a las conferencias en el exterior, convirtiéndose en el niño bonito de la opinión occidental y quedando visiblemente intoxicado por la figura que estaba representando en el escenario mundial. Cada vez se empleaba menos tiempo en la ingrata tarea de controlar la economía interior.

En ese momento, después de que los planes iniciales, ultimados a medias, para promover cooperativas hubieran quedado en nada, se estuvo dando vueltas a iniciativas incoherentes para introducir una mayor autonomía en las empresas, con poco o ningún resultado, mientras una masiva crisis social golpeaba la URSS producto de la prioridad dada a la reanimación política sobre la reanimación económica del país. Cuando Gorbachov llegó al poder, el crecimiento era prácticamente cero y los precios del crudo —de los que dependían críticamente los ingresos de divisas extranjeras del gobierno— estaban empezando a caer, propiciando una presión sobre el presupuesto cada vez mayor a medida que los ingresos del petróleo continuaban descendiendo. En cualquier circunstancia, esto hubiera supuesto dificultades. Lo que lo convirtió en una catastrófica caída libre fue la marginación que realizó Gorbachov del PCUS en su búsqueda de una consagración popular. La economía planificada dependía de la habilidad

del Partido para hacer respetar a las empresas las entregas que requería el centro. Una vez que los administradores se vieron apartados del poder efectivo, sin ninguna alternativa coherente, simplemente dejaron de suministrar su producción al Estado a precios caducos, vendiéndola, por el contrario, a quien se la pudiera comprar por lo que pudieran sacar. El resultado fue el colapso del mecanismo central de asignación que mantenía unido el sistema y un trastorno cada vez mayor del intercambio económico, especialmente severo en el comercio entre las repúblicas.

A medida que la economía caía en el caos, el Estado se volvió cada vez más incapaz de recaudar los impuestos de empresas o repúblicas y, en vez de ello, optó por imprimir dinero para cubrir los subsidios de alimentos y los gastos sociales. La espiral inflacionista se vio agravada por un creciente déficit de la balanza de pagos, mientras el gobierno trataba de alejar la impopularidad con importaciones de bienes de consumo y una deuda exterior galopante que casi se duplicó en cinco años. En 1989, el Estado soviético no estaba lejos de la bancarrota. Más fatídicamente todavía, por el mismo motivo estaba al borde de la desintegración. Una vez que Gorbachov hubo dejado fuera del sistema al núcleo del Partido, colocándose como un gobernante al margen y por encima de él, no hubo nada que siguiera manteniendo unidas a las repúblicas⁵. Sin la estructura vinculante del PCUS, la URSS carecía de cualquier ligazón entre los miembros. Gorbachov, inmerso hasta el final en su papel de freno de la Guerra Fría y liberador de la Europa del Este, se mostró todavía más ciego frente a la cuestión nacional dentro de su propio país que frente a su situación económica. Cuando, en 1991, lo que quedaba del viejo orden finalmente se revolvió contra él y le hizo caer en su compañía, la URSS se disolvió de la noche a la mañana.

2

Cuando, siete años antes que el PCUS, el PCCh emprendió el camino de la reforma, China era un país mucho más pobre y atrasado que Rusia⁶. Al-

⁵ El desmantelamiento del Partido de toda la Unión Soviética se recoge en Stephen Kotkin, *Armageddon Averted. The Soviet Collapse 1970-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 76-81; el caos monetario, la extensión del trueque como forma de intercambio y la intensificación del robo de activos públicos a medida que la *perestroika* caía en espiral, son analizados en David Woodruff, *Money Unmade. Barter and the Fate of Russian Capitalism*, Ithaca, Cornell University Press, 1999, pp. 56-78, y Andrew Barnes, *Owning Russia. The Struggle over Factories, Farms and Power*, cit., pp. 43-67.

⁶ Las comparaciones más relevantes están expuestas en el esencial trabajo de Peter Nolan, *China's Rise, Russia's Fall. Politics, Economics and Planning in the Transition from Stalinism*, Basingstoke, Macmillan Press, 1995, pp. 110-159, que también contiene una de las críticas más severas, y aun así mejores, de la *perestroika*: pp. 230-301. Sobre reflexiones que lamentan su fracaso para «desencadenar una revolución capitalista», compárese con Minxin Pei, *From Reform to Revolution. The Demise of Communism in China and the Soviet Union*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1994, pp. 118-142.

rededor de 1980, el PIB de la RPCh era catorce veces más bajo que el de la URSS. Más del 70 por 100 de su mano de obra estaba ocupada en la agricultura, contra el 14 por 100 de la Unión Soviética. Cerca de un tercio de los chinos todavía no sabían leer o escribir. Sus universidades eran una fracción incluso de las de India. Se puede decir con seguridad que ningún observador, tanto de dentro como de fuera del país, podía haber predicho la inversión de fortunas de las dos sociedades tres décadas después. Sin embargo, desde el principio había una serie de hándicaps soviéticos que China no tenía: un conjunto de ventajas negativas producto de sus condiciones iniciales –económicas, sociales y políticas– que, en aspectos menos obvios, la favorecieron.

La primera de ellas era el menor peso de las instalaciones industriales obsoletas en la economía, no porque el capital fijo estuviera más avanzado que en la URSS, sino simplemente en virtud de un menor grado de industrialización. Lo que se convertiría en el viejo cinturón industrial chino no era despreciable; nadie que haya visto la trilogía de Wang Bing *West of the Tracks* –quizá el mejor documental de todos los tiempos sobre la suerte final del distrito industrial de Shenyang y de sus trabajadores– podría olvidarlo. Pero, hablando en términos relativos, era más pequeño que en la URSS. Había menos fábricas que desguazar. Todavía más significativamente, la planificación china siempre había sido mucho más relajada que su modelo soviético. Mao había reconocido pronto la imposibilidad de imponer las omnipresentes directivas del Gosplan en una economía china mucho menos articulada, con tradiciones regionales mucho más profundas e infraestructuras más pobres. Desde el principio, las autoridades provinciales y municipales habían disfrutado de una autonomía mayor que la del sistema soviético en cualquier momento de su historia. Deliberadamente, la Revolución Cultural había debilitado aún más los poderes del centro, dejando a los gobiernos locales más espacio para iniciativas. Por ello, los objetivos de producción para la industria eran mucho más modestos y la presión para alcanzarlos, no tan abrumadora. El resultado fue un sistema mucho más descentralizado, en el que el número de productos asignados cuyos precios estaban fijados por Pekín fue como máximo inferior a 600, una centésima parte de la plétora soviética⁷. Menos limitativo, éste era un marco institucional que permitía una mayor flexibilidad y un cambio con menos perturbaciones.

Socialmente, también China tenía una gran y decisiva ventaja sobre la URSS. El campesinado no era, como en Rusia, un apático y sombrío residuo de la clase que una vez fue. Tampoco estaba cansado ni descontento, sino lleno de una energía potencial que esperaba ser liberada, como demostrarían los acontecimientos. Históricamente, nunca había poseído instituciones colectivas comparables al *mir*. La sociedad rural, atomizada desde hacía mucho

⁷ Barry Naughton, *Growing out of the Plan. Chinese Economic Reform, 1978–1993*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995, pp. 41-42.

tiempo en el norte y sacudida por la Rebelión Taiping en el sur, se pudo recobrar después del Gran Salto Adelante, con cientos de siglos de mercado detrás de ella. La ausencia de un profundo extrañamiento agrario no era, además, simplemente una diferencia entre dos espacios rurales. Formando la abrumadora mayoría de la población, el campesinado chino era el basamento central de la nación. Su equivalente más cercano en la URSS, aunque proporcionalmente una parte no tan grande de la sociedad, hubiera sido la clase obrera industrial. Pero también ella, aunque no tan desmoralizada como los *kolkhozniki*, en la década de los años ochenta estaba completamente desengañada como fuerza social, profundamente cínica respecto al régimen, habituada al trabajo inútil y a la baja productividad en compensación por la inmensa grieta entre su papel nominal como la clase dirigente del Estado y su posición real en la jerarquía de privilegios. En China, donde después del Gran Salto Adelante la población rural tenía vetada la entrada en las ciudades y donde siempre había carecido de los beneficios sociales que tenían los trabajadores urbanos, las desigualdades formales entre la ciudad y el campo eran mayores que en la Unión Soviética. Pero la ideología dominante nunca había dicho a los campesinos que ellos eran la clase de vanguardia que construía el socialismo en primera línea. Había un menor abismo entre la teoría y la realidad, y menos tiempo vivido entre la esperanza original y la experiencia posterior. A pesar de todo lo que había sufrido, así como por lo que se le había otorgado, el campo seguía siendo una reserva para el Partido en el poder.

Internacionalmente, la situación de la RPCh le proporcionó mayor libertad de acción. No soportaba la carga de cualquier costosa zona satélite, que necesitara soldados y fondos para mantenerla sujeta. No estaba en posición, y no intentaba estarlo, de competir con las superpotencias en la carrera de misiles. Sin embargo, más allá de la libertad de estas cadenas, estaba la relación radicalmente diferente de China con Estados Unidos. Después de una década de extrema tensión con la URSS, llegando a hostilidades fronterizas, Mao había virado hacia una entente con Estados Unidos durante la misma Revolución Cultural. La visita de Nixon y sus repercusiones, espectaculares como fueron, se quedó en una apertura diplomática sin dimensiones significativas más amplias mientras él vivió, pero significó que, cuando llegara el momento de virar hacia la reforma interior, su posicionamiento externo le sería propicio. Una cautelosa amistad, en vez de un antagonismo calculado, había creado las condiciones para que los cuarteles generales del capital mundial, y su variado surtido de afiliados regionales, ya estuvieran preparados para ampliar el apoyo financiero al menor signo de un movimiento en China hacia el mercado. A la ausencia de cualquier distanciamiento profundo del campesinado en casa, correspondía la falta de cualquier amenaza imperialista directa del exterior, por primera vez en la historia moderna del país.

Además, internamente, la RPCh no estaba en peligro de desintegrarse como lo haría la URSS. No estaba compuesta por quince repúblicas constituyentes diferentes. Étnicamente más homogénea que la mayoría de los

Estados-nación, se enfrentó a nacionalidades rebeldes –tibetana y uigur– dentro de sus fronteras, como lo había hecho la Unión Soviética durante medio siglo. Pero su peso dentro del conjunto de la población era mínimo comparado con la suma de pueblos que rompieron la URSS una década más tarde. En la agenda del PCCh, más importante que los continuos problemas para mantener el control de esas regiones era la insatisfecha tarea de recuperar Taiwán, donde el Kuomintang había construido un reducto, bajo la protección estadounidense, que todavía reclamaba representar a la auténtica República de China y que ahora florecía económicamente. La primera preocupación del Partido no eran los riesgos de disolución sino los problemas de recuperación.

3

Sin embargo, a la puerta de las reformas, quizá la más decisiva de todas las diferencias entre Rusia y China se encontraba en el carácter de su dirección política. Al mando de la RPCh no estaba un funcionariado aislado e inexperto, rodeado de asesores y publicistas infundidos de un ingenuo *Schwärmerei* (entusiasmo) por todo lo que fuera occidental, sino unos curtidos veteranos de la Revolución original, dirigentes que habían sido colegas de Mao y que habían sufrido con él, pero que no habían perdido ninguna de sus habilidades estratégicas ni su autoconfianza. Desde luego, Deng Xiaoping había sido tan indispensable para el régimen que Mao lo había llamado de nuevo al gobierno cuando todavía vivía. Después de la muerte de Mao, su autoridad era tal que pronto apareció como el incuestionable árbitro del Partido, sin tener que buscar personalmente este prestigio o haber ocupado los puestos más altos en él. Pero no estaba solo. Con él regresaron Chen Yun, Bo Yibo, Peng Zhen, Yang Shangkun y otros, que formaban un grupo compacto y declarado de iguales –los «ocho inmortales»– quienes, a menudo en desacuerdo entre sí, condujeron con él el curso de la reforma. Colectivamente, estaban en una posición más fuerte, disfrutando no sólo del prestigio de sus roles en la guerra civil y en la construcción de la nación, sino de la popularidad de haber llevado a su fin la Revolución Cultural, que se recibió con una oleada de alivio en las ciudades.

Al afrontar la situación del país como Mao la había dejado, los miembros de esta dirección, con Deng a la cabeza, siguieron siendo los revolucionarios que siempre habían sido. Su temperamento era leninista: radical, disciplinado, imaginativo, capaz al mismo tiempo de la paciencia táctica y de la experimentación prudente, de las iniciativas más atrevidas y de los cambios de dirección más espectaculares. Éste era el espíritu que había inspirado la Larga Marcha y que había vencido en la guerra civil. Ahora lo convocaron para que se ocupara del punto muerto en que la Revolución Cultural había dejado a China. Al hacerlo, mostraron una extremada conciencia sobre la transformación de su entorno, comportándose de un modo que los funcionarios del PCUS, que administraban una sociedad relativamente más avanzada, no fueron capaces de emular. Ciertamente, Europa occidental era más

rica y estaba más desarrollada que Rusia, pero siempre lo había sido, y la diferencia entre los índices de crecimiento entre ambas –los años setenta y ochenta asistieron a un largo descenso en la propia Comunidad Europea– no era tan enorme como para conmocionar a los dirigentes soviéticos, que hasta el primer Gorbachov no se pusieron a repensar los supuestos básicos sobre los que se había construido el éxito del Estado.

En Asia oriental, por otro lado, Japón había superado desde los años cincuenta todos los récords históricos de velocidad de crecimiento, dejando muy atrás no sólo a Europa sino también a Estados Unidos. Esta espectacular recuperación de una economía reducida a cenizas a finales de la Segunda Guerra Mundial –la creación de industrias de exportación supercompetitivas y una sociedad de consumo completamente moderna– puso de relieve la pobreza relativa de China y su autarquía, a pesar de su considerable desarrollo con Mao. Tampoco era Japón el único que descollaba exitosamente entre sus vecinos. A finales de la década de los setenta, Corea del Sur se había industrializado a un ritmo vertiginoso con Park Chung Hee y, lo que era más mortificante, el régimen del Kuomintang en Taiwán no estaba muy lejos de conseguir tal logro. La presión de este escenario sobre la RPCh era ineludible. Deng le daría vívida expresión política una década más tarde, en la cima de la crisis política de 1989. Después de remarcar el largo tiempo que China había permanecido aislada, «no había manera de que la economía se pudiera desarrollar, ninguna manera de que los niveles de vida pudieran elevarse, y ninguna manera de que el país pudiera fortalecerse»; continuaba diciendo: «el mundo está galopando hacia delante estos días, una milla por minuto, especialmente en ciencia y tecnología. Apenas podemos mantener el paso»⁸.

La tarea de superar el retraso entre el comunismo en China y el capitalismo en Asia oriental era una agenda imponente para cualquier programa de reformas. Pero los Inmortales no se sintieron intimidados. La abordaron con un vigor nacido no sólo del ímpetu, todavía activo, de la Revolución que habían hecho, sino de una autoconfianza milenaria, apaleada durante un siglo pero finalmente intacta, de la civilización continua más vieja del planeta. El dinamismo de Mao, para bien o para mal, había sido una expresión de la recuperación de esa confianza. La era de la reforma propulsada por Deng sería otra. En esta confianza histórica en sí mismo se encuentra una diferencia fundamental entre Rusia y China.

4

Ideológicamente, el zarismo había poseído desde el principio una débil veta mesiánica transmitida a las elites rusas y, a su debido tiempo, a la intelectualidad del país; las ideas de Rusia como la Tercera Roma, la salva-

⁸ Zhang Liang (comp.), *The Tiananmen Papers*, Nueva York, 2001, p. 327.

dora de los eslavos o la redentora de la humanidad del materialismo occidental. En el siglo que condujo a la Revolución, las versiones de esta veta se podían encontrar en los Aksakovs, Dostoievski, Rozanov o Blok. Pero era un mecanismo de compensación. Rusia permanecía, como sabían todos los rusos, como un margen atrasado de Europa, temible sólo por razón de su inmensidad. La occidentalización, carente de debilidades religiosas o étnicas, había sido la visión que guiaba a sus dirigentes más importantes, Pedro y Catalina, y, en una u otra variante –liberal o radical–, a principios del siglo xx llegó a dominar tanto a sus elites como a su intelectualidad. Aun así, los anhelos de una misión especial de Rusia persistieron, produciendo una recurrente esquizofrenia visible en la actualidad. El leninismo resolvió esta mentalidad dividida declarando la guerra al atraso ruso, no en una desesperada imitación de Occidente, sino en rebelión contra él, movida por su propia crítica profunda de sí misma.

Con Stalin, la Segunda Guerra Mundial y el periodo posterior trajeron un regreso al nacionalismo, con una impronta más tradicional de la Gran Rusia con su séquito de mecanismos de defensa, aunque ello siempre coexistió con temas marxistas. Después de Stalin, el chovinismo se desvaneció sin que ninguna alternativa real le sucediera. Las ascuas del internacionalismo, todavía existentes con Khrushchev, pronto fueron sofocadas, dejando sólo la vacuna ideológica del brezhnevismo. En el momento de la *perestroika*, no sólo prácticamente toda la intelectualidad sino elementos de la propia elite gobernante, descorazonados ante el estancamiento del país, habían vuelto a lo que se podía considerar, históricamente hablando, la posición ideológica por defecto de la occidentalización exhaustiva, si bien esta vez en un espíritu más de inferioridad que de ambición.

Las tradiciones geoculturales chinas eran totalmente distintas. El Reino Medio había dominado su mundo conocido desde la unificación del primer emperador, en el tiempo de las Guerras Púnicas en Occidente; conquistado alguna vez, pero nunca rivalizado por Estado alguno comparable de la región, donde siempre fue con mucho la potencia más extensa, rica y avanzada, a la que los demás sólo podían pagar tributos en vez de esperar tener relaciones de iguales. Bajo la dinastía Qing, el imperio se había extendido más lejos que nunca, penetrando profundamente en Asia central. La ideología de las sucesivas dinastías había variado –los cultos manchúes eran más heterodoxos que la mayoría–, pero la afirmación imperial de preeminencia absoluta sobre todos los gobernantes de menor grado, cercanos o lejanos, no lo había hecho. China era el centro de la civilización y su cima natural.

En el siglo xix, la intrusión occidental hizo añicos estas pretensiones de la edad de oro. Una vez que quedó claro que la monarquía estaba desmoronándose bajo los golpes interiores y exteriores, la alarma de los intelectuales –normalmente el eje de la administración imperial– fue acrecentándose sin pausa; con los primeros fracasos de la nueva República, su reacción tomó un giro inequívocamente radical. En la cultura del 4 de

Mayo se entrelazaron diferentes corrientes que cristalizaron en las protestas estudiantiles de 1919 contra las exigencias japonesas sobre China y contra el Tratado de Versalles que las sostenía. Pero su idea central era una demolición completa de los escritos canónicos del confucianismo que habían estado gobernando el orden sociopolítico chino y el marco moral de la educación desde los tiempos de la dinastía Han. Unos años después, no quedaba nada de ellos: un logro que ninguno de los oponentes de ningún credo o religión mundial comparable –cristiana, musulmana, hindú, budista– que ocupara una posición similar en el firmamento ideológico de sus civilizaciones ha alcanzado nunca⁹. El asalto sobre el pasado chino, ya en realidad intermitentemente apasionado en Liang Qichao, se convirtió en inflexible y exhaustivo con Chen Duxiu, el faro intelectual de *Nueva Juventud*¹⁰.

La vehemencia de este rechazo de las tradiciones originarias, completamente diferente a cualquier corriente de opinión en Japón, no reflejó –también a diferencia de Japón– ninguna tentación profunda por Occidente. En China, la trayectoria depredadora de las potencias occidentales era demasiado descarada para permitir una *zapadnichestvo*. La mutua carnicería a la que se entregó Europa durante la Primera Guerra Mundial remachó las lecciones de la codicia imperialista en Asia, y su sanción en Versalles precipitó el propio 4 de Mayo. El rasgo específico de esta intelectualidad, después del colapso del sistema de exámenes, era la aversión hacia las tradiciones del pasado y la revulsión ante el presente capitalista, tal como se mezclaban en la China de los caudillos. Su mente más dotada, Lu Xun, dio inolvidable expresión a ambas. Sin negar que algo de valor se escondiese en cada uno de estos sistemas –en el espíritu de un Montaigne sardónico, urgía a sus compatriotas a tomar lo bueno que pudieran encontrar en los dos, en un «haptismo» filibustero–, permaneció siendo un enemigo irreconciliable de ambos. Pero el mismo extremismo de sus posiciones nacía de la fuerza de la cultura que criticaba.

Mao, que admiraba a Liu Xun, aplicó su consejo a gran escala, transformando sus negaciones en la síntesis positiva de un marxismo sinológico, al mismo tiempo más sistemáticamente receptivo de la subversión intelectual de Occidente y más profundamente apegado a las tradiciones políticas del pasado imperial, mientras redactaba *Sobre la contradicción* en las cuevas de Yunan, desatendiendo labores de Estado, en la cima de su poder, para releer las crónicas de Sima Guang. Lu Xun sabía poco de materialismo dialéctico y no disfrutaba de los anales de la autocracia. Pero los liberales actuales, detestando a ambos personajes, no se equivocan cuan-

⁹ Un análisis deslumbrante de este tema se halla en Mark Elvin, «The Collapse of Scriptural Confucianism», en *Another History. Essays on China from a European Perspective*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1996, pp. 352-389.

¹⁰ «¿Dónde están los babilonios hoy día?, ¿de qué les sirve ahora su cultura?», preguntaba Chen Duxiu; Jack Gray, *Rebellions and Revolutions. China from the 1800s to 2000*, Oxford, Oxford University Press, 2002, p. 195.

do ven una conexión entre el «totalismo» de la crítica y el «totalitarismo» del gobernante. Cada uno a su manera, ambos encarnaban una respuesta china a la crisis de su país, de un vigor creativo sin contrapartida en Rusia después de mediados de la década de los años veinte, inspirándose en las más profundas fuentes de una cultura que era más antigua y estaba más amenazada por la dominación extranjera. En una forma productiva o perversa, desde el 4 de Mayo hasta la Revolución Cultural, se desplegaron energías interrelacionadas. Desde 1919 hasta 1949, confianza en la negación; después, en la revuelta. Desde 1958 hasta 1976, sobreconfianza en la construcción; después, en la destrucción. Finalmente, después de 1978, confianza en la reforma y en la reconstrucción.

5

El grado de seguridad interna con que el senado de ancianos revolucionarios abordó los problemas haciéndoles frente, encontró una temprana expresión en la manera en que se ocupó del pasado y del futuro del Partido. La desestalinización en Rusia fue el sensacional pero furtivo acto de un único dirigente, Khrushchev, quien asombró al XX Congreso de su Partido con un discurso, sobre el que no había consultado a nadie, denunciando los crímenes de Stalin. Emotivo y anecdótico, no ofreció más explicación de cómo había sido posible la represión de la que selectivamente informaba que la alegación de un vacío y burocrático eufemismo: el «culto a la personalidad». Este divagante discurso nunca fue publicado oficialmente, tampoco fue seguido por ninguna documentación más sustancial o por un análisis de la dirección del momento o de las posteriores, hasta los días de la *perestroika*.

Deng y sus colegas procedieron de manera muy diferente. Unos 4.000 funcionarios e historiadores fueron involucrados en una retrospectiva de la Revolución Cultural, de cuyas discusiones un grupo de redacción de 20-40 autores bajo la dirección de Deng extrajo un balance de 35.000 palabras, formalmente adoptado como resolución por el Comité Central del PCCh en junio de 1981. Aunque ciertamente no es un informe completo de la Revolución Cultural —que hacía constar la responsabilidad de Mao, «exhaustiva en magnitud y prolongada en duración», pero limitaba sobre el Partido en vez de sobre la población su peaje represivo—, ofrecía una razonada explicación de ella, más allá de las fechorías de un hombre: las peculiares tradiciones de un Partido cuyo camino al poder le había habituado a una cruda lucha de clases, como si ésta fuera una tarea permanente; el efecto distorsionador del conflicto con la URSS, que avivaba miedos de revisionismo dentro de él, y, por último, pero no menos importante, «la maligna influencia ideológica y política de siglos de autocracia feudal». A diferencia de la denuncia formal de Khrushchev, la resolución aceptaba la corresponsabilidad del Comité Central en el gobierno del moderno autócrata y no hizo ningún intento de disminuir su contribución de conjunto a la Revolución china.

Mirando al futuro, la aproximación de los Ancianos era igualmente diferente. En la URSS, Khrushchev nunca había sopesado la posibilidad de cualquier traspaso de sus poderes. Aquellos que lo desbancaron, Brezhnev a la cabeza, se aferraron a sus puestos hasta la senilidad. En la paralizada gerontocracia en que se convirtió el PCUS, las nuevas generaciones se veían menos como una promesa que como una amenaza, y solamente las defunciones podían traer cualquier renovación del liderazgo. Tres secretarios generales tuvieron que morir en tres años, todos mayores de setenta, antes de que un político más joven pudiera finalmente tomar el mando. En la RPCh, por el contrario, los Ancianos no sufrieron esa inseguridad y perdieron poco tiempo en buscar un relevo. Dos años después de recuperar el poder, habían delegado su ejercicio diario a una cohorte bajo ellos, convirtiendo a Hu Yaobang en cabeza del Partido y a Zhao Ziyang del gobierno.

6

La era de la reforma empezó –no tanto en cuanto al tiempo sino en cuanto a efectos importantes– con la transformación de las relaciones respecto a la tierra. Primero, se aumentaron los precios de compra del cereal. Entonces, en un proceso escalonado que se extendió por todo el país, después del éxito de la experimentación en dos provincias, Anhui y Sichuan, las comunas populares fueron abolidas y el usufructo de sus tierras cuidadosamente dividido entre las familias campesinas individuales que las componían, dándoles el control de las tierras para que produjeran lo que ellas quisieran una vez que el suministro al Estado estaba alcanzado. El «sistema de responsabilidad familiar» resultante equivalió a una segunda reforma agraria, tan igualitaria como la primera pero más favorable para la producción de los campesinos. Respondiendo a las nuevas iniciativas, la producción se disparó: los insumos de trabajo cayeron y las cosechas crecieron aumentando un tercio la producción agrícola. Con horarios de trabajo liberados de la actividad agrícola, la industria rural –textiles, ladrillos y similares– aumentó rápidamente. El resultado fue un alza de los ingresos de los campesinos, que pasaron del 33 al 44 por 100 de la renta nacional, en el espacio de pocos años, entre 1978 y 1984.

En el sector industrial, no se actuó con tanta rapidez sobre el sistema central de asignación, de corte ruso. Por el contrario, las empresas estatales fueron autorizadas gradualmente a cargar precios de mercado a la producción por encima de las cuotas que les requería el plan y que tenían precios fijos, concediendo a los administradores incentivos no distintos de los que había concedido a los granjeros para producir de manera rentable fuera del sistema de consignación oficial, sin que éste quedara desmantelado. Una vez que tal sistema de precios dual fue correctamente verificado, la parte correspondiente del plan fue congelada de hecho, permitiendo que se desarrollase fuera de él un nuevo crecimiento industrial. En la práctica, ahora el Estado arrendaba las empresas a sus admi-

nistradores de acuerdo con criterios contractuales, de modo similar a como los campesinos arrendaban sus tierras al mismo, que retenía la propiedad final, durante periodos de treinta años.

Durante más de quince años, y en virtud de estos acuerdos, el sector más dinámico de la economía demostró ser la característica forma híbrida de «empresas de pueblo y aldeas» chinas –compañías mixtas de propiedad pública, colectiva y privada, que se beneficiaban de impuestos reducidos y de un crédito fácil de los gobiernos locales, a menudo accionistas de ellas–, que se multiplicaron en las ramas más simples de la industria con asombrosa velocidad y éxito competitivo. La producción de la industria rural aumentó a una media anual del 20 por 100, mientras que el empleo en las EPA se cuadruplicaba desde los 28 a los 135 millones de empleos, y, con ella, su participación en el PIB, del 6 al 26 por 100, entre el comienzo de las reformas y mediados de los años noventa¹¹. A pesar de su elevada rentabilidad, el fenómeno de las EPA fue ignorado por los reformadores rusos, con independencia de su orientación, durante la *perestroika*. De todos los contrastes entre los cambios en las dos economías, su actuación ofrece la más dramática antítesis de la veloz caída soviética hacia la desindustrialización.

El espectacular crecimiento de las EPA se basaba indudablemente en el ilimitado suministro de mano de obra barata, ausente en la URSS. Con ellas, la RPCh obtuvo por primera vez el máximo beneficio de su principal factor de producción, que no se había adaptado –por más necesario que fuera en aquel momento– a su primer modelo de industrialización, de inspiración soviética, centrado en la inversión intensiva de capital en la industria pesada. Dando la vuelta a este modelo con una inversión intensiva de mano de obra en la industria ligera, las EPA ganaron una enorme ventaja comparativa: a finales de los ochenta, su relación trabajo-capital fijo era nueve veces la de las empresas de propiedad estatal. Pero estas últimas también rentabilizaron directamente el crecimiento de las EPA, cuyos beneficios aumentaron copiosamente los ahorros de los campesinos, que fueron canalizados entonces por los bancos públicos hacia nuevas inversiones en las grandes empresas nacionalizadas, gracias a las cuales éstas adquirieron nuevas instalaciones y equipos y se modernizaron.

Las elevadas tasas de ahorro rural fueron a su vez otra característica del desarrollo chino enraizada en el paradójico legado de la propia Revolución, ya que fueron determinadas por la combinación de la tradicional limitación de la plena cobertura asistencial a las ciudades, por el desmantelamiento de las comunas que habían proporcionado servicios sociales, pequeños pero reales, en el campo, y por los efectos de la política de hijo único para contener el crecimiento demográfico. Sin seguridad proporcio-

¹¹ Barry Naughton, *The Chinese Economy. Transitions and Growth*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 2007, pp. 83, 274-276.

nada por el Estado frente a la desgracia, o sin perspectivas seguras del apoyo familiar de la siguiente generación, los hogares campesinos no tuvieron otra opción, incluso mientras crecía su consumo, sino ahorrar una considerable parte de sus ingresos. El Estado se benefició doblemente. A diferencia de su contraparte soviética, se vio libre de los gastos sociales de la parte más amplia de su población y tuvo fácil acceso a los fondos necesarios para financiar su programa de modernización.

También había otra fuente disponible de capital. Ya en 1979-1980 se abrieron a lo largo de la costa meridional las zonas económicas especiales para atraer la inversión de la diáspora china, apuntando a la riqueza de Hong Kong, Taiwán y el Sudeste asiático. Después de un arranque lento, la política de puertas abiertas mostrada a estos empresarios extranjeros se convirtió en un éxito. Atraídas por los privilegios, la ausencia de impuestos de importación y la mano de obra más barata de la China continental, las empresas de la diáspora llegaron en masa, trayendo con ellas tecnologías fuera del alcance de las EPA, esencialmente en lo que atañe a la producción de bienes para la exportación. De este modo, China fue capaz de aprovecharse de la experiencia y de los activos acumulados por el capitalismo de la diáspora para entrar en el mercado mundial como un centro industrial de bajo coste para el trabajo de montaje y, con el paso del tiempo, principalmente en los sectores de la electrónica y los electrodomésticos. También aquí se encuentra una ventaja regional que la economía soviética, al margen de que fuera posible para ella, no podía esperar igualar.

Por último, pero no menos importante, las reformas chinas se beneficiaron decisivamente de la descentralización de los controles del Estado sobre la economía, que fue uno de los más fructíferos legados del maoísmo. Esto significaba no sólo que había un imperio de planificación mucho más pequeño que reconfigurar, con una rígida parafernalia de cuotas y directivas mucho menor, sino que el país ya poseía en sus provincias una red de centros autónomos de actividad económica. Una vez que éstos fueron liberados de la intervención de Pekín, sus gobiernos incrementaron su actividad, concediendo todo tipo de incentivos para aumentar la inversión y acelerar el crecimiento dentro de sus jurisdicciones. A medida que pasó el tiempo, esto generó elevadas cotas de irracionalidad: duplicación de industrias, gigantomanía de las obras públicas, multiplicación del proteccionismo informal, por no hablar del debilitamiento fiscal del centro a medida que las autoridades locales competían entre sí por mejores resultados. Pero, a pesar de todas sus taras, la competencia interprovincial en China, como en su momento la rivalidad entre ciudades en Italia, fue y sigue siendo una fuente de vitalidad económica. Rusia es nominalmente una federación en la actualidad, pero sus vastas, monótonas planicies nunca han fomentado fuertes identidades regionales y su gobierno sigue siendo tan centralizado como siempre. El contraste con China es fundamental. No por una ley constituyente, sino por la realidad comercial, la República Popular de la actualidad es, en idéntica medida que Estados Unidos, un caso de federalismo dinámico.

III. PUNTOS DE RUPTURA

A finales de los años ochenta, tras una década de reformas, la economía china se había transformado sustancialmente. La escala y velocidad de semejantes cambios, naturalmente, no dejaron de afectar a la sociedad o a la cultura. En el campo, el crecimiento de los ingresos se estabilizó a partir de 1984, pero el campesinado había disfrutado una mejora tan enorme de sus condiciones de vida que en términos generales siguió siendo una clase satisfecha. La intelectualidad, la otra clave histórica del orden social, también había ganado mucho en el curso de la reforma. Pero su actitud hacia el régimen era más ambigua. Las universidades se habían reabierto, los institutos de investigación se habían ampliado y se crearon nuevas oportunidades de empleo. La juventud ruralizada se había reintegrado a la vida urbana y las víctimas de pasadas represiones habían sido liberadas. La libertad de expresión era mucho mayor que con Mao, el acceso al pensamiento y la literatura extranjera se producía en general sin trabas, dando origen a una auténtica «fiebre por la alta cultura». En una embriagadora atmósfera de creciente emancipación, se debatía el futuro de la nación, con un aplastante consenso en favor de nuevas reformas.

Esto no era un punto de disputa con el propio gobierno, cuyo propósito oficial también era profundizar el proceso de reforma. Para muchos intelectuales, ambos estaban trabajando en la misma dirección, con un intercambio de consultas y consejos entre ellos, especialmente alrededor de Zhao Ziyang y sus asistentes. Pero también existía una cierta tensión que aumentó a medida que avanzaba la década. El Partido tenía la autoridad de su éxito económico. También había disfrutado de la legitimidad de haber rescatado a la sociedad de la Revolución Cultural. Pero esto era una liberación que no perfilaba ningún orden político alternativo. Aquí, los Ancianos, también marcados por la experiencia del levantamiento, carecían de mensaje, más allá de advertencias sobre la necesidad de apartar cualquier recaída en el caos. En el comienzo mismo de la era de las reformas, en 1978, las voces que pedían democracia fueron rápidamente silenciadas, como una amenaza a la estabilidad. En aquel momento, eran todavía relativamente aisladas.

Pero el desarrollo de las reformas económicas, que insistían cada vez más en la introducción de relaciones de mercado, no se vio acompañado por una teorización coherente; por ejemplo, no había ninguna explicación oficial sobre el significado de las EPA. El resultado fue un cierto limbo ideológico, en el que las ideas liberales se propagaron de manera natural. Si los principios de mercado de la libertad económica estaban a la orden del día, ¿por qué no debían seguirles los principios jurídicos de libertad política –algunos nominalmente consagrados por la propia Constitución de la RPCh–, como acreditadas doctrinas en Occidente mantenían que debía suceder? Históricamente, pese a la figura de Hu Shi, su representante más destacado en la generación del 4 de Mayo, el liberalismo había sido una corriente muy débil dentro de la intelectualidad china. Pero en los

años ochenta, sin producir ningún intelectual comparable, y sin proyectos demasiado claros, se convirtió, como consecuencia de la Revolución Cultural, en algo parecido a una perspectiva dominante entre los intelectuales, en general bastante moderada, aunque con el tiempo se pudieron oír notas más radicales, más cercanas a las melodías rusas. En 1988, la popular serie de televisión *River Elegy* ofrecía un himno cifrado a Occidente, que contrastaba con las austeras tradiciones de la propia China y del que cualquier *zapadnik* se habría sentido orgulloso; pero incluía, no obstante, un halagador retrato de Zhao Ziyang, que evocaba para la nación un gran futuro por delante, aunque fue ampliamente criticada por los especialistas en cuanto a su contenido histórico.

En ese momento, la atmósfera entre los estudiantes era diferente. En una generación no afectada directamente por la Revolución Cultural, los espíritus eran más elevados y las ideas estaban menos concretadas. Pocos se mostraban indiferentes ante las ideas originales de la Liberación; algunos estaban influidos por profesores liberales, otros por profesores más ortodoxos; la mayoría en sintonía con la cultura y las noticias del exterior, las canciones de Taiwán, la música estadounidense, las huelgas en Polonia, las elecciones en Rusia; todos afectados por el ímpetu de una sociedad en movimiento, excitados por el ensanchamiento de sus horizontes y frustrados por sus continuas inercias. Conscientes de su papel histórico en el despertar de la nación en 1919 y de nuevo en 1935, éste era el estrato de la población más predispuesto a involucrarse en la acción colectiva. En 1985, mostró su tradicional temple nacionalista en las protestas contra Japón. Después, en el invierno de 1986-1987, organizó manifestaciones en Hefei y Pekín pidiendo la democratización. Cuando Hu Yaobang, al frente del Partido, se negó a reprimirlas, los Ancianos lo destituyeron. El movimiento quedó contenido, pero los sentimientos que había detrás no habían desaparecido.

El año siguiente, la propia reforma económica –hasta el momento el rompecabezas contra las demandas de reforma política– entró en su primera crisis grave cuando el coste de los productos básicos empezó a subir y los salarios urbanos se estancaron. Cuando Zhao y Deng insinuaron que la plena liberalización de los precios podía ser inminente, se produjo un pánico acaparador y, en verano, la inflación se disparó a una media anualizada del 50 por 100. A los ojos de la gente, éste no era el único efecto siniestro del sistema de doble vía para la fijación de precios. La corrupción, desconocida con Mao, se estaba extendiendo a medida que los funcionarios aprovechaban su posición para explotar la diferencia entre los precios de la administración y los del mercado para los mismos productos; y la corrupción era algo aborrecido. La combinación de dificultades materiales imprevistas y de una ira ante la injusticia social era una mezcla explosiva que creaba una tensa atmósfera en las ciudades.

En 1989, los estudiantes ya estaban preparando manifestaciones en Pekín para el septuagésimo aniversario del 4 de Mayo, cuando, en abril, la muer-

te de Hu Yaobang –que había caído en desgracia por la protección que les había dado– proporcionó de repente un punto de partida más inmediato para la expresión de sus sentimientos ante la represión política. Manifestándose en la plaza de Tiananmen en memoria de Hu, cogieron al gobierno por sorpresa. Zhao había sido cómplice de la caída de Hu, a quien reemplazó como presidente del PCCh. Pero, enfrentado a este malestar, ahora temporizó y el Comité Permanente se dividió, dejando a las autoridades sin dirección. Mostrando unos extraordinarios niveles de autoorganización, el movimiento estudiantil se demostró capaz de movilizar todos los campus de la ciudad y mantener una presión continua sobre el gobierno. A principios de mayo, las manifestaciones se habían convertido en una ocupación de la plaza, exigiendo un cambio democrático, respaldada por grandes manifestaciones de los ciudadanos de Pekín, nerviosos ante el empeoramiento de su situación económica y en abierta simpatía con los objetivos políticos básicos de los estudiantes. Allí donde había universidades para inflamarlas, surgieron por doquier protestas similares. Millones de personas salieron a las calles en un movimiento social sin precedentes en la historia de la República Popular.

La profundidad y la escala de la agitación en 1989 en China fueron mucho mayores que las que se produjeron ese año o posteriormente en Europa del Este y, por supuesto, en Rusia. La energía insurgente y el idealismo de los estudiantes del país, y la solidaridad activa con ellos de la población urbana, no tuvieron comparación en ninguna parte: testimonio a su manera de la vitalidad política de una sociedad todavía cerca de sus orígenes revolucionarios. Pero, en China, una clase de energía se topaba con otra. Cuando llegó la crisis, el grupo posrevolucionario se hizo cargo del funcionamiento diario del Estado y del Partido en medio de dudas y divisiones. Sin embargo, los Ancianos, veteranos de décadas de lucha armada para hacerse con el poder, no iban a perderlo por falta de decisión. Seguían siendo los combatientes que siempre habían sido, sin miedo a golpear, después de reunir la fuerza necesaria, ante lo que consideraban una amenaza al dominio del partido. En junio, el ELP recibió la orden de desalojar la plaza y, en una noche de violencia, el movimiento fue aplastado.

1

La represión tuvo un precio elevado. El PCCh perdió más legitimidad el 4 de junio que en la Revolución Cultural, que no solamente había tenido un apoyo real, sino que dejó un liderazgo respetado de reserva cuando acabó. En 1989, ningún sector de la nación apoyó la represión y no hubo ninguna oposición en el Partido que sobreviviera; Zhao, destituido por no apoyar la ley marcial, falleció en silencio dieciséis años después, todavía bajo arresto domiciliario. Por otro lado, el régimen todavía tenía la carta del crecimiento económico. Agotadas las anteriores credenciales ideológicas, ahora todo tenía que confiarse a él. Una dosis de austeridad, para controlar la inflación, duró hasta 1991. ¿Qué es lo que venía a continuación?

En este momento, Deng se separó de sus colegas y de su propio pasado. En mayo de 1989, manifestó: «Desde luego, algunas personas entienden la “reforma” como un movimiento hacia el liberalismo o el capitalismo. Para ellos, el capitalismo es el corazón de la reforma, pero no para nosotros. Lo que *nosotros* entendemos por reforma es diferente y todavía está debatiéndose»¹². En enero de 1992, Deng viajó al sur y declaró en Shenzhen, la mayor de las zonas económicas especiales, que el principal peligro para China no estaba en la oposición de la derecha sino en la oposición de la izquierda a una mayor liberalización de la economía, de la cual el mercado local de valores era una innovación ejemplar. Aun manteniendo todavía que China necesitaba el socialismo en vez del capitalismo, ahora descartaba «seguir hablando de Capitalismo y Socialismo con mayúsculas» como fútil, explicando que, ya que las desigualdades eran una función del crecimiento, la acumulación individual de riqueza no era censurable sino loable: «hacerse rico es maravilloso». Las esperanzas de libertad colectiva quedaron enterradas y la compensación había que buscarla en la propiedad privada. Todo lo que importaba era el crecimiento, sin anacrónicas especificaciones: como diría la consigna oficial, pregonada a los cuatro vientos para los que dudaban: «el desarrollo es el argumento irrefutable».

Como estaba previsto, el crecimiento llegó y lo hizo a un ritmo espectacular. El crecimiento del país en los años noventa sobrepasó incluso el de la década anterior, a medida que se intensificaba la liberalización de la economía. A finales de la década, el panorama industrial se había transformado gracias a una masiva reestructuración de las empresas de propiedad estatal: todavía en 1996 el sector público acaparaba la mayor parte del empleo urbano, pero a partir de 1997 los funcionarios de provincias fueron autorizados a disponer de la mayoría de ellas como quisieran, cerrarlas, transformarlas o privatizarlas. En el curso de tal proceso, más de 7 millones de trabajadores perdieron anualmente sus empleos, hasta que en 2004 el empleo total en el sector privado era cerca del doble que en el sector público. En el mismo periodo, las EPA fueron privatizadas a una escala incluso más generalizada, quedando solamente el 10 por 100 de ellas bajo cualquier forma de propiedad colectiva. Lo mismo sucedió con el 80 por 100 del parque urbano de viviendas. Pero, «manteniendo lo grande y dejando irse a lo pequeño», el Estado no renunció al mando de lo que consideraba los puntales estratégicos de la economía: energía, metalurgia, armamento y telecomunicaciones. Contabilizando una tercera parte de todas las ventas industriales y registrando altos índices de beneficio, sus gigantescas empresas localizadas en estos sectores clave comprendían alrededor de las tres cuartas partes de todos los activos de las empresas de propiedad estatal¹³.

Estructuralmente, si después de 1989 la desinversión controlada fue uno de los dos cambios fundamentales del segundo periodo de reformas, el

¹² *The Tiananmen Papers*, cit., p. 325.

¹³ B. Naughton, *The Chinese Economy*, cit., pp. 186, 106, 286, 303-304.

otro fue la maximización del comercio exterior. La velocidad y el grado de apertura tenían pocos precedentes. En el nuevo siglo, los aranceles industriales medios eran inferiores al 10 por 100, alrededor de una tercera parte de los niveles indios; en la agricultura no sobrepasaban el 15. La exportación de productos manufacturados, estimulada por la inversión extranjera, en la que el capital ajeno a la diáspora –estadounidense, japonés y europeo– desempeñó ahora un papel significativo aunque minoritario, se disparó, y ello sucedió cada vez más en áreas de alta tecnología, si bien todavía principalmente se trataba de trabajo de ensamblaje. En una generación, de hecho, China se había convertido en el nuevo taller del mundo, mientras que el valor de su comercio exterior contabilizaba dos tercios de su PIB, una cifra desconocida para un país grande, que era dos o tres veces más elevada que las tasas de Estados Unidos o Japón. Pero, igual que ha sucedido con las empresas industriales del país, en el comercio exterior el Estado se ha reservado hasta la fecha una palanca fundamental para sí mismo, reteniendo el control del tipo de cambio, de las cuentas de capital y del sistema bancario.

El éxito imponente de este modelo de desarrollo ha convertido a la RPCh en la maravilla contemporánea del mundo. Con un índice de inversión de más del 40 por 100, en quince años, entre 1989 y 2004, el PIB se multiplicó por 4. En las ciudades, el ingreso de los hogares urbanos creció a un ritmo del 7,7 por 100 anual; en el campo, cerca del 5 por 100¹⁴. Desde el principio de la era de las reformas hasta 2006, los niveles de vida de los chinos se multiplicaron por ocho, expresado en dólares. En una sola década, la población urbana saltó por encima de los 200 millones¹⁵. Los habitantes de las ciudades constituían ahora las dos quintas partes de la nación y sostenían el mayor mercado de automóviles del mundo. Descollando incluso por encima de las reservas japonesas, las reservas de divisas superaron los 1,9 billones de dólares, más que el PIB de Canadá. China ha llegado, y con ganas.

IV. EL *NOVUM*

¿Pero llegar es el término adecuado? ¿No sería más apropiado regresar? Después de todo, durante siglos fue la civilización más rica y avanzada de la Tierra: ¿no tiene que haber alguna conexión entre el poderío de su

¹⁴ Las cifras totales enmascaran una acusada ruptura tanto del modelo de crecimiento como de la distribución de sus ganancias después de 1989, favoreciendo a las ciudades a expensas del campo y a las empresas estatales y extranjeras a expensas de las compañías privadas. Para un análisis del cambio, véase Yasheng Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics. Entrepreneurship and the State*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008, que además sostiene que la productividad total de los factores ha estado cayendo en todos los sectores de la economía: pp. 288-290.

¹⁵ Fred Bergsten, Bates Gill, Nicholas Lardy, Derek Mitchell, *China, the Balance Sheet*, Nueva York, 2006, pp. 5, 31.

pasado y los formidables logros del presente? Semejantes preguntas nos llevan a un terreno al mismo tiempo más grandioso y más oscuro que el relativamente bien definido campo de comparación entre dos revoluciones modernas. Aquí se pueden encontrar tres escuelas rivales de pensamiento, sin que hasta la fecha haya habido una confrontación sistemática entre ellas. La primera, normalmente más en boga entre los historiadores, atribuye esencialmente la elevada velocidad del crecimiento en la RPCh a legados milenarios del pasado imperial: al dinamismo comercial basado en la agricultura intensiva; a la cada vez mayor división del trabajo; al florecimiento de las redes urbanas y la expansión del comercio interior; al crecimiento demográfico sin precedentes, y a una «revolución industrial». Para esta perspectiva, la economía china, durante mucho tiempo la más grande y sofisticada del mundo, mostrando una senda clásica de crecimiento smithiano, estaba tan plenamente desarrollada como la de Europa occidental –si no más– hasta la Guerra del Opio. Fuera de juego durante un más de un siglo por la penetración extranjera y los desórdenes internos, ahora está regresando a su posición natural en el mundo.

Para una segunda escuela, más extendida entre los economistas, el pasado imperial ofrece pocas pistas sobre el presente moderno, aunque sólo sea –como enfatizó Adam Smith– porque la ausencia de comercio exterior privaba a la economía tradicional de estímulos competitivos y la insuficiente seguridad de los derechos de propiedad impedía la iniciativa empresarial, trabando el desarrollo chino dentro de límites cercanos al modelo malthusiano. Para esta lectura, la elevada velocidad del crecimiento contemporáneo es el producto de la tardía integración de China en un mundo de economía capitalista, de cuya formación estuvo históricamente ausente. Con la apertura de sus mercados a la inversión extranjera y con el gradual fortalecimiento de los derechos de propiedad, los factores de producción quedaron por fin liberados para un nuevo dinamismo. La combinación de un suministro abundante de mano de obra barata con abundante capital y tecnología exterior ha construido una máquina exportadora sin precedentes en el pasado del país.

Para una tercera escuela, que se encuentra extendida, aunque no exclusivamente, entre los sociólogos, la clave del ascenso económico chino descansa, por el contrario, en la Revolución china. En esta versión, son los logros del periodo de Mao los que sentaron los profundos cimientos para las proezas de la era de las reformas. La base de este legado se encontraba en la creación, por primera vez en la historia moderna del país, de un Estado soberano fuerte, que puso fin a la servidumbre semicolonial; en la formación de una fuerza de trabajo educada y disciplinada, con elevados índices de alfabetización y esperanza de vida para una sociedad todavía atrasada en otros aspectos, y en el establecimiento de poderosos mecanismos de control económico –planificación, sector público, balanza de pagos– dentro de un marco institucional relativamente descentralizado, que permitió la autonomía de las provincias.

Solamente sobre estas condiciones transformadoras fue posible el periodo de puertas abiertas¹⁶.

Claramente, ninguna de estas interpretaciones es absoluta. Las mezclas se pueden encontrar tan a menudo como los casos puros. Sin embargo, por lo general faltan intentos de calcular el peso relativo de las variables alternativas que se ofrecen. Analíticamente, la necesaria jerarquía causal no cristalizará de la noche a la mañana. Aquí es suficiente señalar un control pertinente de las hipótesis contendientes que puede plantearse de la siguiente manera. ¿En qué se parece o en qué se diferencia la elevada velocidad de crecimiento de la RPCh de la que se produjo en Japón, Corea del Sur o Taiwán? Si la experiencia china se parece mucho a éstos, el argumento de su explicación premoderna o capitalista tardía gana fuerza; si difiere significativamente de ellos, la explicación revolucionaria será *prima facie* más plausible. ¿Qué sugiere la evidencia?

Una mirada a las estadísticas revela una paradoja. A pesar de lo extraordinariamente rápido que ha sido el crecimiento de la RPCh, no lo ha sido mucho más que el de sus vecinos de Asia oriental –en etapas comparables de su desarrollo–, aunque se ha sostenido durante una década más. Tampoco su base económica ha sido significativamente diferente: en todos los casos, el modelo de desarrollo ha sido abrumadoramente impulsado por las exportaciones. En estos dos aspectos, el parecido familiar es fuerte. Sin embargo, en otros cinco hay un marcado contraste. Desde los años noventa, la dependencia de las exportaciones ha sido mucho más elevada en la RPCh que en Japón, la República de Corea o Taiwán; la participación del consumo en el PIB mucho más baja; la dependencia del capital extranjero mucho mayor; la brecha entre los ingresos –y la inversión– del campo y de la ciudad mucho más amplia¹⁷. Por último, aunque no menos fundamental, el tamaño y el papel del sector público en la economía ha sido, y continúa siendo, estructuralmente mucho mayor. Estas características del crecimiento chino, que lo colocan en un lugar aparte dentro de Asia oriental, están interrelacionadas y tienen una explicación común. En Japón, Corea y Taiwán, los Estados de la posguerra fueron fruto de la ocupación o protección estadounidense, situados en la primera línea de la Guerra Fría. Estratégi-

¹⁶ Los fundamentos de la primera perspectiva se encuentran en Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence. Europe, China and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000, y Sugihara Kaoru, «The East Asian Path of Economic Development. A Long-Term Perspective», en Giovanni Arrighi, Hamashita Takeshi y Mark Selden (eds.), *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*, Londres, Routledge, 2003, pp. 78-117; de la segunda, en Jim Rowher, «When China Wakes», *Economist Special Report*, 28 de noviembre de 1992; y, como ejemplo de la tercera, Chris Bramall, *Sources of Chinese Economic Growth, 1978-1996*, Oxford, Oxford University Press, 2000, y especialmente Lin Chun, *The Transformation of Chinese Socialism*, Durham, Duke University Press, 2006 [ed. cast.: *La transformación del socialismo chino*, Madrid, El Viejo Topo, 2008].

¹⁷ Véase el sorprendente análisis, acompañado de gráficos, de Hung Ho-fung, «America's Head Servant?», *NLR* 60 (2009) [ed. cast.: «¿La criada de Estados Unidos?», *NLR* 60 (2010)].

camente, continúan hasta la fecha bajo la tutela de Washington, sembrados de bases estadounidenses o rodeados por sus barcos de guerra, sin una autonomía diplomática o militar real. Careciendo de soberanía política pero necesitando legitimidad interior, sus dirigentes –el PDL, Park Chung Hee y el Kuomintang– intentaron compensarla con políticas de autodesarrollo económico, manteniendo a raya el capital extranjero, por una parte, y estimulando las sociedades nacionales, por otra. Por la misma razón, temiendo una radicalización de los campesinos, con el espectro de la Revolución china delante, pusieron en práctica reformas agrarias apoyados por Estados Unidos y, a medida que se aceleraba el crecimiento, tuvieron cuidado de no dejar que el campo cayera demasiado por debajo de las ciudades.

En la RPCh se produjo la configuración contraria. Allí, el Estado posrevolucionario era completamente soberano –capaz incluso de luchar para detener a Estados Unidos en Corea– y desde el principio internamente muy fuerte. Precisamente por esa razón, una vez que llegó la era de las reformas, la RPCh pudo permitirse la entrada de un flujo masivo de capital extranjero sin miedo al descrédito o a la subversión derivados de ambos. Como un Estado plenamente independiente, con un riguroso control de su territorio, podía confiar en su habilidad para controlar los flujos de capital foráneo mediante el poder político, igual que Lenin esperó poder hacer en los tiempos de la NEP; y con un continuo y rígido control sobre los puntales estratégicos de la economía –financieros e industriales– podía confiar en su habilidad para dominar o manipular el capital nacional. Por la misma razón, también podía contener el consumo rural, trasladando a campesinos desposeídos a las ciudades como mano de obra, de una manera imposible de seguir por los gobiernos de Tokio, Seúl o Taipei, donde había que cuidar a los agricultores para que los regímenes locales sobreviviesen. Si el PCCh lo podía hacer sin perder el control sobre la urbanización –como sucedía con las gigantescas áreas urbanas hiperdegradadas que proliferan en el sur o sureste de Asia–, fue gracias al sistema *bukou* que separaba el campo y las ciudades, instaurado durante el Gran Salto Adelante. También con Mao, los campesinos habían sido víctimas de una acumulación primitiva en beneficio de las ciudades. Pero, una vez que la salud pública y la educación fueron desmanteladas tras él, y que con Jiang la inversión fuera desviada del campo, las discrepancias entre los ingresos rurales y urbanos crecieron de modo impresionante. En la RPCh, la premisa histórica tanto de los niveles altos de inversión extranjera directa como de los bajos niveles de prestación de servicios a las zonas rurales ha sido la misma: un régimen nacido de una revolución en un país con una población más de siete veces superior a la de Japón, República de Corea y Taiwán juntos, capaz de mano dura tanto con los campesinos como con los extranjeros. El precio para ambos está todavía por pagar. Pero la factura directa o indirecta de cada uno está aumentando visiblemente; todavía desconectada, pero sembrando el malestar en los pueblos; todavía gestionable, pero elevando la adicción a los bonos estadounidenses.

El Partido que ha presidido esta transformación del país ha sido transformado por ella. Los Inmortales han muerto. Pero las ventajas de ser el segundo en mover las piezas, en vez del primero, no lo han hecho. Aprendiendo de la suerte del brezhnevismo, el PCCh ha institucionalizado la renovación de sus filas dirigentes, con limitaciones en la duración de los cargos, y una transferencia regular del poder de una generación a la siguiente. Sin ningún origen revolucionario, los actuales y los próximos responsables tienen una mayor educación formal y recurren más que nunca a recursos técnicos e intelectuales más amplios, a muchos *think-tank* y consultas informales con expertos u opiniones de interés, de la misma manera que los gobernantes imperiales una vez utilizaron a los intelectuales. El crecimiento económico y el éxito diplomático han restaurado la reputación política: el Partido de hoy disfruta de una mayor legitimidad popular que en cualquier momento desde los años cincuenta. El mandato que ha obtenido es a la vez poderoso y quebradizo. Poderoso porque la prosperidad interior y la dignidad exterior son atractivos difíciles de resistir. Quebradizo porque el desarrollo económico sin justicia social, la reafirmación nacional y la implicación internacional son difíciles de cuadrar con los ideales de la Revolución que el partido proclama como suyos. El nacionalismo del consumidor es una construcción ideológica poco profunda, sobre la cual no se puede apoyar por completo. Despolitizado como se ha vuelto el discurso central del PCCh, purgarlo totalmente de socialismo sería contraproducente. La heredada afirmación de otra legitimidad, todavía inscrita en su nombre, sigue siendo una reserva necesaria. Los sentimientos revolucionarios provocados por la injusticia y las exigencias de igualdad no han desaparecido de la mente de los ciudadanos. Tampoco los riesgos de ignorarlos.

La explicación es una cosa, la clasificación otra, la evaluación una tercera. Taxonómicamente, la RPCh del siglo *xxi* es un *novum* histórico-mundial: la combinación de lo que es ahora, de acuerdo con cualquier medida convencional, una economía predominantemente capitalista, con lo que todavía es incuestionablemente, de acuerdo con cualquier medida convencional, un Estado comunista, siendo ambos los más dinámicos de su clase hasta la fecha¹⁸. Políticamente, los efectos de la contradicción entre ambos se extienden por todos los intersticios de la sociedad, donde se funden o entrelazan. Nunca tantos habían abandonado la pobreza absoluta tan rápidamente. Nunca se habían creado industrias modernas, e infraestructuras ultramodernas, a una escala tan enorme en un espacio de tiempo tan corto, ni nunca había surgido tan rápidamente con ellas una

¹⁸ El más claro de los recientes análisis de la estructura de la economía se encuentra en Joel Andreas, «Changing Colours in China», *NLR* 54 (2008), pp. 123-152 [ed. cast.: «Cambio de curso en China», *NLR* 54 (2009)]; y sobre las continuidades en el partido, en David Shambaugh, *China's Communist Party. Atrophy and Adaptation*, Berkeley, University of California Press, 2008, que enfatiza sus habilidades para aprender tras el colapso del PCUS.

floreciente clase media. Nunca el orden jerárquico de las potencias había sido alterado tan espectacularmente, con un orgullo popular tan natural. Tampoco nunca, en los mismos años, la desigualdad se había disparado tan rápidamente hasta semejantes alturas de vértigo desde puntos de partida tan bajos. Ni la corrupción se había extendido tan generalizadamente allí donde una vez la probidad se daba por supuesta. Ni los trabajadores, hasta ayer amos teóricos del Estado, han sido tratados tan despiadadamente: destrucción de empleos, salarios impagados, agravios burlados, protestas sofocadas¹⁹. Tampoco los campesinos, la médula de la Revolución, habían sido despojados en tales cantidades de sus tierras y de sus medios de vida por promotores inmobiliarios y funcionarios, en expulsiones como las de las *highlands* escocesas. Con mayor número de usuarios de Internet que cualquier otro país de la tierra, sin terror y con mucha libertad en la vida privada; con una maquinaria de vigilancia más racionalizada y efectiva que nunca. Para las minorías, la acción afirmativa y la represión cultural y política van de la mano; para los ricos, cualquier lujo y privilegio que la explotación pueda comprar; para los débiles y desarraigados, las migas o menos; para los disidentes, mordazas o mazmorras. En medio de una conformidad ideológica formal, aunque no sea totalmente irreal, una energía social y una vitalidad humana colosales. La emancipación y la regresión a menudo han estado unidas en el pasado, pero nunca tan vertiginosamente como en la China que Mao ayudó a crear e intentó evitar.

El juicio sobre un proceso histórico tan impresionante, todavía en sus primeras etapas, tiene que ser falible. Para los que lo viven, es bastante difícil mantener constantemente a la vista la experiencia completa y llegar a algún balance dialéctico de ella; para los que están fuera, puede ser casi imposible. En Occidente, la sinomanía y la sinofobia se han alternado regularmente desde la Ilustración, pasando el péndulo ahora de la segunda a la primera, en medio de una nueva ola de *chinoiserie* popular e intelectual no necesariamente más ilustrada que la original. En China, sus homólogos son perspectivas recurrentes de occidentalismo y chovinismo gran *han*. Un espíritu de comparación no intoxicada, pocas veces alcanzado, es la única salvaguarda contra esas tentaciones. Eso también vale para el futuro. Las perspectivas, optimistas o pesimistas, que se oyen de tiempo en tiempo entre sus ciudadanos, a menudo proceden de Taiwán y Singapur: la democratización final a medida que suban los niveles de vida y las expectativas políticas, o el autoritarismo paternalista *in perpetuo*, con una fachada electoral. Ninguno es especialmente convincente. La democracia taiwanesa fue menos el producto de un cambio gradual del corazón del Kuomintang que de su necesidad de una nueva clase de legitimación internacional una vez que Estados Unidos retiró el reconoci-

¹⁹ La suerte de la clase obrera china, de la vieja y de la nueva, es el tema de una obra maestra de la sociología: Ching Kwan Lee, *Against the Law. Labor Protests in China's Rustbelt and Sunbelt*, Berkeley, University of California Press, 2007.

miento de la isla. El régimen de partido único de Singapur descansa en un sistema de bienestar social que puede ser tan dadivoso solamente porque está construido para una ciudad-Estado, no para un Estado de proporciones imperiales. Pekín no necesita la primera ni parece reproducir el segundo. El horizonte hacia el que se dirige el megajunco de la RPCh se resiste al cálculo, al menos de cualquier astrolabio actual.